

LEZAMA

◆ Poco resultará de la conferencia sobre cambio climático en Copenhague, las posturas y los límites de los países poderosos ya están dados.

El apocalipsis climático

JOSÉ LUIS LEZAMA

Hoy más que nunca el medio ambiente aparece como lo que ha sido en diversos momentos, una comedia, un recurso mediático, un juego de vanidades, una especie de llegada del fin del mundo que amenaza y deviene ansiedad y zozobra. De muchas maneras la cumbre climática que tendrá lugar en Copenhague del 7 al 18 de diciembre se asemeja a una gran representación teatral. Lo que allí pudiera pactarse ya está decidido hoy día. Los grandes jugadores ya han tomado posiciones, han ya establecido los límites de los posibles acuerdos, los márgenes de maniobra y las reglas del juego. El resultado está a la vista, el no acuerdo sobre lo sustancial: someter a los grandes emisores de gases de efecto invernadero (GEI) a una autoridad internacional para evitar la supuesta catástrofe que amenaza el futuro del planeta.

Estados Unidos, China, la Unión Europea, India, Indonesia, entre otros, son los grandes jugadores en esta apuesta en la que se juega no tanto el destino del planeta, sino sobre todo una imagen y una hipótesis de ese destino. Muchos de los otros países que acudirán a la cita funcionarán sólo como escenografía, telón de fondo, algo sólo necesario para hacer la comedia verosímil, creíble y legítima en su dimensión internacional y en el marco de la Organización de las Naciones Unidas que la cobija y promueve. Muchos países no tendrán acceso a las decisiones verdaderas, miles de asistentes acudirán para satisfacer cualquier vanidad personal, algunos para aparecer en alguna foto, para ver de cerca a los grandes actores, otros para decirle a sus nietos: estuve allí. En los hechos no tendrán nada que hacer, aun cuando tuvieran algo que decir.

La visita del presidente Obama a China el 16 de noviembre pasado fue clave para darle un breve aliento y una especie de respiración artificial a una Copenhague desfalleciente, presa del pesimismo y la desilusión por las claras señales que anticipaban lo que todo el mundo sabe hoy día: que al no haber compromisos vinculatorios, los negociadores con poder de decisión buscarán, al menos, un pacto político que permita el próximo año, en la reunión programada para México, estar en mejores condiciones para un acuerdo viable y aceptable, sobre todo, para los dos países que tienen en sus manos el futuro del clima del planeta, China y Estados Unidos, responsables de más del 50 por ciento de las emisiones mundiales de GEI.

Las señales enviadas por China y Estados Unidos y sus ofertas para reducir sus emisiones refuerzan la percepción de la cumbre como simple fenómeno mediático. Ninguna de las propuestas hechas por los grandes emisores cumple con lo que demanda la comunidad científica internacional para evitar que la temperatura planetaria exceda en 2 grados, creándose así el escenario de los que predicen el temido cataclismo climático. Hasta recientemente y de manera coordinada, Estados Unidos y China anunciaron su asistencia a la cumbre. No obstante, será una asistencia *light*, lo cual disgustó y desairó a muchos. El presidente Obama estará el día 9 de diciembre, casi como una escala técnica en su visita a Oslo, donde recibirá el Nobel de la Paz. Estando tan cerca, recibiendo un premio no muy justificado, su ausencia pecaría de insensibilidad y arrogancia. China, enterada de esta fugaz presencia y de que el ejecutivo estadounidense no asistiría a la ronda final, donde

estará la mayor parte de los jefes de Estado que han confirmado su asistencia, decidió enviar sólo a su Primer Ministro, quien en términos reales, aun cuando sea el más enterado en los asuntos ambientales internacionales que se discutirán, no posee el poder suficiente en la escala jerárquica china. Todo esto da cuenta de lo poco que ambas naciones esperan de Copenhague.

Desde hace cerca de 20 años se ha venido construyendo la imagen del cambio climático como el gran problema ambiental. Cada vez se ha acumulado más información, se han llevado a cabo sofisticados estudios, se ha modelado de diversas y sutiles maneras la evolución del clima del planeta; toda una movilización mediática se ha desplegado para divulgar los hallazgos científicos y se ha dramatizado sin demasiado pudor la severidad de este fenómeno. En el camino, muchos problemas ambientales se han hecho a un lado, otros han sido degradados a la condición de irrelevantes. De cualquier manera, en eso en lo que se ha construido consenso, los acuerdos no llegan. Lo mejor sería entender reuniones como la de Copenhague no como eventos para resolver problemas, sino como lo que realmente son: representaciones teatrales para crear consensos, hacer comunidad, difundir imágenes, compartir creencias, ideas, hipótesis. Son éstas más bien oportunidades para que se junten algunos de los que comparten convicciones, preocupaciones y angustias, como las que externalizan los que, parodiando los temores del mundo cristiano medieval, esperan la llegada del año mil, el fin del mundo, el apocalipsis climático.

jlezama@colmex.mx

